

Notas sueltas en torno a *Mi libro enterrado* de Mauro Libertella

Mi viejo murió cuando yo tenía diecisiete años. En una habitación vieja y vacía, lejos de lo que en algún momento llamó con familiaridad hogar. De allá se había ido hacia cuatro inviernos con la vaga promesa de volver cuando el cáncer estuviera superado. Una mañana antes de ir a la escuela lo vi salir con un par de cajas en las que llevaba sus pocas pertenencias. No entendía muy bien lo que pasaba, pero definitivamente yo no estaba de acuerdo. Sospechaba que nuestras conversaciones nocturnas se suspendían indefinidamente.

Lo del cáncer lo comprendí —cabalmente— mucho más tarde. Justo antes de la primera operación, cuando una llamada suya provocó que la esperanza y la desesperación se me revolvieran extrañamente. Fue una sensación en la que intuía que no estaba pasando nada, pero

que al mismo tiempo todo llegaba a su fin. A los quince años yo pensaba que mi viejo era inmortal y ese momento resultó catártico. Me habló por la noche y me pidió que fuera cercano a mis hermanos, que cuidara siempre a madre. Su voz sonaba diferente. No temerosa, pero diferente.

Las imágenes y los recuerdos se van haciendo sin voluntad aparente tras aquellos acontecimientos que algunos llamamos determinantes. Hay cosas que inevitablemente recordamos con particular precisión y sólo hace falta una chispa para que la detonación ocurra con velocidad inusitada. Una sola frase —breve, honesta— basta: “Mi padre murió hace cuatro años, un mediodía de octubre, en su departamento de dos ambientes en el que ahora vivo yo. Me acuerdo de ese

momento con especial nitidez, porque unos segundos antes de que dejara de respirar supe que a la cuenta regresiva le había llegado, literalmente, su último respiro”.

Adiferencia de Mauro Libertella, yo no vi morir a mi padre. No puedo decir que me hubiese gustado, simplemente no lo vi. No es que la muerte le hubiese llegado de repente. Fue un deterioro con cambios de ritmo que acabó con él una tarde de domingo en la que yo estaba ausente. Había prometido llevarle, precisamente ese día, una película de Pedro Infante. Y lo hice, pero cuando llegué él ya no estaba. Seguía ahí, pero ya no estaba. Iba a la mitad del camino cuando sonó mi celular. No se trataba de una llamada, sino de un mensaje. Un mensaje de mi

hermana, escueto y preciso. En la medida de lo posible se puede decir que había trabajado en el eufemismo: “se fue papá”.

Con su equipaje improvisado, papá ya se había ido aquella lejana mañana de dos mil dos. Pero ahora era definitivo y a los diecisiete años ya sabía de qué se trataba. En un semáforo rojo, cuando faltaban cerca de diez o doce cuadras para llegar a mi destino, me bajé apresurado. No podía tolerar la velocidad del autobús. Tan ajeno e indiferente a la noticia era capaz de hacer un alto cuando yo necesitaba llegar a su lado lo más pronto posible. Como si mi prisa pudiese traerlo de vuelta al mundo, me bajé y corrí, corrí muy rápido, quizá lo más rápido que he corrido en toda mi vida, y sin embargo el tramo se me hizo eterno. Al final llegué tarde. Cuando entré a su habitación ya estaba muerto.

Escribe Libertella sobre su padre: “A veces me preguntó si él sabía, meses o años antes, que estaba enfermo. Por supuesto que los médicos no se lo habían dicho, porque ellos no lo sabían, pero es

posible que él supiera que el proceso de muerte sobre el que tanto bromeaba ya se había convertido en algo tangible”.

Dos cosas: 1) a los pocos años de mi nacimiento a mi viejo le salió un extraño lunar en la planta del pie (eso no lo recuerdo, pero lo ha contado mi madre en repetidas ocasiones); 2) mi viejo también bromeaba sobre la muerte. Bromeaba sobre la muerte y sobre su nuevo lunar. Aquella marca celeste fue motivo de jolgorios hasta que se reventó y salió un líquido marrón casi negro. Cuando eso ocurrió no tuvo otra alternativa que acudir al médico, pero para entonces ya era demasiado tarde. Está en el historial clínico que él nos ocultó hasta el día de su muerte: desde el día que el melanoma reventó se trataba de una pura cuenta regresiva, la defunción estaba pactada. El antiguo comentario de que el lunar era una *chivaluna*, una “marca de indio” con la que la vida le recordaba su raza, había dejado de ser divertido. Por lo demás yo siempre le reproché: a mí nunca me gustó esa broma.

Mi viejo era pintor, no escritor como el de Libertella. No puedo hacer un juicio crítico sobre su trabajo. Crecí viéndolo pintar y conviviendo con todos esos cuadros que espesaban el ambiente de la casa. A veces él llegaba con uno y me pedía mi opinión sobre dónde colgarlo, a veces era mi madre la que los pedía para decorar o tapar alguna imperfección en las paredes. Casi toda su ropa —incluso sus mudas de vestir— estaban manchadas de algún color indeleble, sus manos también lo estaban. Mi madre se enojaba siempre que marcaba una camisa nueva. No tenía la disciplina de cambiarse. La vida y el trabajo sucedían de modo indistinto. El taller era un lugar peligroso, y mientras mi padre vivió, mi madre y yo siempre tuvimos ropa pringada de distintos colores.

A Libertella le tocó jugar entre papeles arrugados: “Vos te pasabas la noche escribiendo y corrigiendo, y me preparabas una montaña de hojas hechas un bollo en el piso para que yo me tirara. Los restos de tu literatura, esos materiales descartados y todavía calientes que tirabas al piso y que iban formando una pirámide de la

reescritura, eran mi parque de diversiones privado”. Yo jugué durante muchos años con los pinceles y las pinturas del viejo, pero nunca lo había visto así. Fui demasiado ciego como para notar que todo se trataba de Disneylandia.

Y en la honestidad, también el dolor se comparte: “Yo tendría doce, trece años, cuando empecé a inferir la inclinación de mi papá por el alcohol. Lo veía siempre con un vaso en la mano y una botella cerca, pero entre la inocencia natural de la edad y su propensión a invisibilizar el vicio, la recurrencia no cobró mayor peso”. A diferencia de mi madre, a mí nunca me causó preocupación que él llegara algunas noches etilizado y perdido. Lo disimulaba de un modo maratónico, no obstante el tamaño de sus ojos y la coloración que alcanzaba lo delataba. Se iba a dormir y a la madrugada siguiente (mi padre era, también en lo literal, maratonista) se levantaba para entrenar y correr siete kilómetros diariamente. Cuando yo me paraba para ir a la escuela —a eso de las seisimedia— él

ya me tenía preparado un jugo de naranja con dos huevos crudos. Parecía nuevo y en ese sentido su alcoholismo era irrepachable.

Si bien no admiraba su condición de bohemio tampoco reparaba en ella, tal vez en el fondo lo encontraba también un poco heroico: “A mí esos años terribles me provocaban contradicciones profundas. Todavía sumido en la gramática de la idealización e imantado por el encanto de la influencia beatnik, lo veía como un bohemio de esos que quedan pocos, un sobreviviente de una época contestaria y maravillosa”.

Hay libros que no se leen con objetividad. No se desentrañan las tramas ni se busca el eje narrativo, no se le presta atención al lenguaje ni mucho menos se pondera la calidad de los personajes. En el fondo eso es la banalidad con la que se ha cristalizado la cultura, su cáncer secreto. Leer así, enfrentar la literatura de ese modo, es, al menos para mí, odiar la literatura. Sin embargo, si eso es la literatura entonces he de leer

contra ella. Los libros que valen para uno son aquellos con los que se vibra, cuyas palabras son precisas a nivel personal y no a nivel trascendente. Son ellos y no el canon los que entran en el círculo de nuestras vidas. Seguiremos leyendo y olvidando lo que leemos, pero esos libros se quedarán ahí para siempre.

No puedo escribir sobre *Mi libro enterrado*, puedo conversar con él. Y eso es, de algún modo, lo que esta noche hemos estado haciendo.

Hay un impulso que es pesado y no sé por qué seguimos. Una pulsión tanática nos arrastra a seguir el fantasma del padre. Mauro Libertella vive actualmente en la manzana en la que vivió Héctor, su padre, en el departamento de dos ambientes que habitó los últimos años de su vida. Mi viaje es más lejano, aunque menos preciso. Poco más de cuatro años después de la muerte de mi viejo —que como yo se llamaba Isaac— me fui a vivir a la ciudad de México para estudiar una segunda carrera, la que muy probablemente hubiese estudiado como única si

él no hubiese muerto cuando yo cursaba el último año de preparatoria, y lo primero que intenté fue asentarme en las mismas coordenadas donde él lo hizo cuando mucho más joven que yo llegó a vivir a la capital. Finalmente lo logré: durante dos años viví en la colonia Nápoles. Con la emoción del frío también me llegaba —a veces— el recuerdo de esos pasos que mi viejo dio en distintos días.

La repartición de autos se da de manera natural. Los que vinieron en el propio se van ubicando al final de la caravana, y suman a quienes hayan llegado solos en los asientos de atrás. Adelante va el cajón, en un auto negro de sobria arquitectura. Atrás vamos mi hermana, mi madre y yo, custodiando la marcha del cuerpo. Los primeros cuatro autos de la fila son negros, y cruzan una ciudad vacía y en silencio". Mi padre no tuvo cortejo fúnebre. La caja la velamos unos pocos. Por decisión de mi madre no se mantuvo descubierta. No quería que la gente viera los despojos que quedaban del hombre que fue mi padre. Al fondo de la caja

había algo, los restos de un cuerpo que luchó infatigable contra el cáncer y se resistió hasta el final al suicidio —un pensamiento que lo obsesionaba y que conocí en una carta que dejó dentro de un libro (él sabía que la encontraría)—, pero no el cuerpo de mi padre. Él, como ya dije, era deportista; el hombre de la caja pesaba menos de cuarenta y cinco kilos. Al entierro fueron muchos más —los que lo velamos, los que lo visitaron durante la tarde-noche y aquellos que llegaron sólo al cementerio—. Mi viejo tenía muchos amigos y todos querían despedirlo. Al entierro llegué tarde porque aquel lunes tuve un examen de estadística que presenté con desgano. No había podido pegar un ojo en toda la noche y mis compañeros se burlaron por mi apariencia cadavérica. No dije nada.

Al cementerio llegué tarde, pero no demasiado; y aunque los recuerdos allá son menos precisos, esos momentos tienen algo de míticos y es posible restituir el instante con la memoria de alguien más. "El hueco en la tierra está abierto;

es perfecto y terrible. El cajón está adentro, y la parte superior está limpia todavía. Nos congregamos alrededor de ese gran agujero, que parece que irá llevarse a papá hasta el centro de la tierra. Nos abrazamos y lloramos. Algunos miran la escena en silencio, conteniendo las lágrimas. Otros hablan en voz muy baja, como si se repitieran una consigna o un mensaje para sí mismos". Mi mamá es de esas, yo veo como se mueven sus labios, pero no alcanzo a escuchar nada a pesar de estar a su lado. Intempestivamente mi hermano mayor —veinte años mayor— da varios pasos hacia atrás y se refugia detrás de un auto. No sé qué está pasando en realidad, pero lo intuyo. Mi hermano que era de los primeros, de los que no había derramado una sola lágrima, está llorando. Lloro a chorros y, me parece, también ha vomitado. Alguien que no es mi madre avienta un puñado de tierra sobre la caja. Una antigua empleada de mi viejo comienza a entonar un himno de fe. Todos la seguimos. Levantamos la voz al unísono clamando a Dios, ignorando su ateísmo...

M